

CONFERENCIA

Señoras y señores:

Vengo a hablaros de la revolución mexicana. El tema es para mí tan escabroso como seductor, al punto de llevarme a pensar ante la enseñanza de que el padre Ansoleaga ofrecía en Belén—A. M. D. G.—conferencias a hombres solos, si no debiera proceder yo con idéntica cautela. Es decir: librándoos a vosotras, gratísimas amigas, de ciertas rudezas emocionales para vuestra grácil sensibilidad, de un extraordinario esfuerzo intelectual para vuestras dominadoras cabecitas, donde la tradición admite el único imperio de las virtudes sutiles, de las ideas fáciles, de las reflexiones aligeras, y dulcemente comprensivas.

Pronto, claro, disipé del espíritu la turbia duda, que entrañaba ofensa, sin fundamento. Muy sagaz el recurso ignaciano: llamárenos a la casa de Dios para echarnos al rostro, bien en secreto, nuestras feas picardías y ladinos pecados (cuanto debéis ignorar en gracia de paz hogareña, dicha entre cónyuges, provecho, acaso, de las generaciones nuevas); pero quebradizo error el mío, si pretendiendo favoreceros, con vanos cuidados, iba a darle la exclusiva de es-

ta disertación—a propósito de un problema expuesto a los cuatro vientos—a aquellos mis congéneres; forma del egoísmo, tan dura, que valdría echárseme a la cara, desde el místico púlpito, con concurrencia de domingo.

... Por vanidosos, por ásperos, por excesivos en la auto-crítica, os hemos repudiado de toda ingerencia humana, aparte de la estrictamente sentimental; la que seduce al corazón o subyuga a los sentidos; la que se afana por ofrecerle a nuestros pechos, llenos de fatiga, las perlas del consuelo, o urdir cada día para nuestros ojos esa tela—bruja e inconsutil—venda ante las miserias del prójimo, siempre de crepúsculo a crepúsculo, en tarea tenaz de envidias, de codicias, de calumnias, de malignidad...

Cierta gentilísima muchacha, por boca de poeta, reclamó: Los novelistas han hecho cundir la conseja de que toda mujer viene al mundo enamorada de un príncipe sin nombres... ¡Pobre imaginación masculina que al ponerse al fingir aspiraciones femeniles, no acierta a ver más allá de un pueril cuento de hadas!...

Repito: teneis razón. Y más ahora que sin llegar a la fealdad del sufragismo, os poneis un poco serias, dejais vanas frivolidades de encajes Valenciennes y cintas de Boloña, para vestiros, severamente, a lo hulano, soldado de la Francia, o infante escocés, y llevais en las finas bolsas de paseo las postrimeras recreaciones líricas del magno acontecimiento, con-

turbador de Europa—pondré los versos de Edmundo Rostand, alabadores de la desgracia de Reims, “porque así habrá otra ruina ilustre, como la del Parthenon”; pondré la “carta al soldado que no recibe ninguna,” leida há poco en nuestra Academia de Ciencias por monsieur Brieux.

Y así, sin buscarlo aún, véome en propicia iniciación del discurso. He aludido a la guerra; la guerra que hoy conmueve al planeta con más ciclópea potencia a la de cuantos cataclismos sísmicos registran los anales cosmógenos; la guerra nacida con el mundo, constituyendo, por la línea de las verdades sociológicas, base de hordas, de tribus, de pueblos, y por el hilo de lo legendario, donde fulgen los mitos de nuestra creencia privativa, el origen primigenio del bien y del mal—con Luzbel, arrojado hasta la tiniebla, de su altura de rebeldía; con Eva y Adán, al rendirse aquélla a los halagos de la serpiente, renunciando a tanta delicia del Edén...

Charles Richet, en el prólogo de su maciza y selecta obra pacifista “El Pasado de la Guerra y el Porvenir de la Paz”, simboliza a Micrómegas mirándonos, con “su penetrante mirada, desde lo alto de una de las estrellas donde vive”, y después de observarnos, de comprender el móvil ruin, la mezquina tendencia de nuestros actos, en las relaciones recíprocas, quedase como meditando, y después, medio “compadecido”, medio “desdeñoso”, aventura por el

hueco de lo infinito: Con efecto, esos organismos humanos, se atribuyen una inteligencia capaz de escoger entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, entre la felicidad y el infortunio. Y, a pesar de todo, han elegido el mal en lugar del bien, lo injusto en lugar de lo justo, y el infortunio en lugar de la felicidad.

Luego, el propio escritor—que recomiendo a quienes gustan de esta clase de materias—va presentando, en capítulos magistrales, para zaherirlo, desde luego, el resumen de cuanto se conoce con relación al vasto y pavoroso problema, defendido, respectivamente, desde sus aspectos biológico, metafísico, moral e histórico, por Darwin, continuador del pensamiento aristotélico, al asegurar que la guerra es un fenómeno contra el cual nada podrá nuestra voluntad, ni nuestro esfuerzo; por Hegel, paladín del principio de lo fatal en los hechos, que aventaja, sin escrúpulos, sobre la cabeza de sus discípulos este axioma terrible: la guerra consagra el triunfo de lo mejor, y es un instrumento progresista; por Víctor Hugo, presidente, en París, del primer Congreso de la Paz, y sin embargo, esparciendo por el orbe, con el poder de su fama, esta aseveranza: las batallas no son llagas hechas al género humano, como los surcos no son tampoco llagas hechas a la tierra, desde hace cinco mil años, las siegas son el producto del arado, y las civilizaciones son de la guerra; por Renán, calzando con su firma tales palabras: la guerra es el latigazo que obliga a

un país a no dormirse, forzando a la gente satisfecha a salir de su apatía...

Contra esto fulmina anatemas de paz el docto catedrático de la Universidad parisiense; repleta de vigorosos conceptos su volumen de 500 hojas en folio; frase sobre frase, con pacienzuda traza de convencido, forma una pirámide faraónica de condenación; acude todavía a los números—energía invencible—cuando pretende reforzar el argumento antibélico; abominando, en trance final, del pendenciero siglo XIX, al que honraron con el apodo de “siglo de las luces”, cuando debiera distinguírsele por el de las matanzas. ¡Quince millones de hombres: brazos robustos, cerebros sanos, almas generosas, sucumbieron, a lo largo de sus cien años, conmovidos al influjo de Marte, por las luchas napoleónicas, la de Rusia, la de Italia, la de Prusia, la de Secesión, la de 1870, la turcorusa, las civiles de América, las coloniales de las Indias, de México, de las Antillas, Argelia, Abisinia, Transvaal, Java y Madagascar!

Cuanto al lapso del XX nada anticipa Richet; mas nosotros sí podemos recordar la bárbara conflagración ruso-japonesa, aurora de la nueva etapa cronológica; las porfiadas conquistas en el Africa por España, cuyos hijos—sangría cruenta—consúmense en las hostiles tierras marroquíes, perecen—¡glorioso sacrificio estéril!—tras asaltos salvajes como los del árabe en el memorable “Barranco del Lobo”; la misma contienda civil del primitivo Anáhuac,

encendida va para un lustro; el conflicto de italianos y turcos, en campos tripolitenses; las escabrosas conmociones balcánicas; y ahora, ahora, el sacudimiento sin nombre de la Europa, con su influencia a Asia y a Africa, y quizá si pronto a América—que las águilas germanas tienen las alas muy audaces, y las garras muy fieras, y muy torvos los picos de sus dobles cabezas!!...

... ¡Guerra, guerra, guerra! ¡guerra por doquier!—creyérse que estamos sufriendo los malignos designios de las Divinidades rojas, conjuradas para exterminio de la humanidad irredenta!!

Días atrás, en un diario capitalino, descubrí este ocurrente diálogo que Eugenio Noel imagina allá, en la Gloria, sostenido por el “bondadoso y desmayado” Pío X, y el “noble y enérgico” León XIII:

Sarto.—León, no hay para mí consuelo. Los tiempos del Anticristo parecen llegados. La Tierra se desquicia. Las fieras más inmundas no se conducirán como los hombres. Aquello es siniestro, León.

Pecci.—Pío, han sido siempre iguales; en la paz, se preparan a la guerra; en la guerra, suspiran por la paz. Son especies que se odian y se devoran por un sitio, por una preponderancia cualquiera.

Sarto.—León, León... ¡Y la preciosísima sangre de Jesús caída gota a gota sobre esas razas!...

Pecci.—Pío, si la sangre de Jesús no pudo redimirles de su villana condición de monstruos, piensa en lo estéril que para su progreso o civilización, como ellos dicen, será la sangre que están derramando.

Y pues nombré al peregrino propagandista antiflamenco, y de las escenas de barbarie vengo tratando, permitidme una menuda digresión:

En el Senado de nuestra República preténdese, por un grupo de sesudos “boni viri”, reimportar la fiesta que los españoles de bien condenan—perdón, insigne Valle Inclán—; fiesta peculiarmente hispánica a la cual un cuco embajador marroquí dedicó tal ingeniosísimo retruécano: “para veras me parecen bromas y para bromas me parecen veras”; los toros, señoras y señores; oro, seda, sangre y sol, con el cálido verso del cantor andaluz. Pero, qué más daría aceptarla después de reclamado, y con frenesí aplaudido, el abracadabrante espectáculo de los boxeadores “yankees:” dos hombres en un estrecho espacio—ring—lanzándose, desde la catapulta bestial de sus centros vitales, puñetazos de destrucción, al vientre, a las quijadas, al pecho; este pugilista, negro, y aquel, blanco, furiosos tras la victoria, y quizás si impulsádoles la ira milenaria de las razas!!

... Yo concurrí al tendido del Oriental Park; presencié, presa de ansiedad, y de asco, las peripecias del encuentro fatigosísimo; y no dudo un momento en participaros a ustedes có-

mo "aquéllo" me pareció, descarnadamente, agresivamente, para los temperamentos pacíficos, la individualización de la guerra; así: la individualización de la guerra. Ambos contendientes forcejeaban, agredíanse, rugían, iban hasta los lindes del salvajismo, apurando la gama de los peligros. Johnson, el genio del puño: actitudes de zorra, extremidades de pantera, cuello de rinoceronte, tórax de buey, cae. La multitud agita sombreros y pañuelos; aclama al héroe que ceñirá a la cintura formidable la banda del "championato"—jerga del Norte.

¡Oh, cuán bien nos comprendió Hobbes: *homo hominis: lupus!* ¡Y cómo sería la lástima que le inspiráramos a Micrómegas, de seguir observándonos desde su estrella altísima!!...

Fijando de una vez los términos de la conferencia, quiero exponeros cómo la he dividido para mayores facilidades en su desarrollo, y más disciplinada justeza en vuestra atención, de jornada a jornada, con número de cinco. La primera, descubriendo los verdaderos orígenes revolucionarios; las otras cuatro, de tendencia sinóptica, para presentar al porfirismo, al madeirismo, al huertismo, y al constitucionalismo.

Mi aspiración, al término de ellas, es haber atinado, si no con maestría, discretamente, a desplegar ante vuestras conciencias la bandera de la legitimidad revolucionaria mexicana, persiguiendo que confeséis, por mandato del espíritu, vuestro sentimiento de espectador respetado, y casi afirmaré de anhelosa adhesión, hacia cuan-

tos en la refriega fratricida persiguen, ciegos, corajudos, febriles por el ideal, un fin; digno y altivo fin reivindicador: el enaltecimiento pleno y decoroso de la patria con el consenso de las naciones libres.

Para expresarme de esta rotunda manera, quizá deba deciros cómo un mes, y casi otro mes, mientras mi estancia en Veracruz, en Orizaba, en Puebla, en México—capital,—practicé, sin tregua, formales tareas investigadoras, bien estudiando directamente a personas y cosas, actores y gérmenes del movimiento, bien dedicado a la lectura, en cuanto pude sincrónica, de libros, folletos, periódicos y demás trabajos al alcance de la mano; todo ello a caza del fundamentalismo, valor dinámico, fase actual, y enorme trascendencia de porvenir, que marca el proceso de la revolución, tanto en su aspecto interno, como en el de las relaciones exteriores, intracontinentales, de hispano-América con la Europa, erigida en tutora de nuestros pasos, hasta el reto de la doctrina monroea-na, cuyo descrédito acaso resucite aquel antiguo poderío de intromisión, con mengua de cada soberanía de las Antillas al Plata.

Para quienes se muestren sorprendidos de lo que han de juzgar audacia, o cosa peor, al pretender erigirme en crítico de situación tan compleja, heterogénea, poliédrica, habiéndola vivido cortamente, tengo una réplica, opuesta ya por Mauricio Barres, acusado de algo análogo, a raíz de su estudio: "El Greco o el secreto de

Toledo", escrito tras apenas una visita a la hermética ciudad castellana: "la curiosidad nueva, lleva a inconcebible rapidez de juicio." Si el reproche va a ser por mezclarme en tales asonadas intestinas de un país extraño, argüiré cómo las aprecio "caso" de humanidad, descubierto al examen de los ánimos investigadores, ora vayan de límites de Oriente, ora vayan de límites de Occidente; con muchas ventajas en lo que me atañe dada mi extranjería de Cuba, hermana de afanes y suerte, con la próxima República; pues si de España pudo asegurarse era, respecto a la Revolución francesa, "Coblenza del Sur" o "Feudo del Regicidio", según acusaran o defendieran adictos o detractores de la demagogia, a nuestro suelo cábele parecido mote, refiriéndose sólo a la preferencia y ayuda constitucionalista, por aquel radioso Apóstol, semilla de sacrificio: Francisco J. Madero, a cuyo nombre se le une, en la simpatía mundial, el de Márquez Sterling, nuestro Ministro allá, cuando la semana trágica; Ministro del amor, del honor, del muy caballeresco y muy hidalgo sentimiento latino!!...

Me pregunta vuestra impaciencia que por qué se lucha en México, a través de todo un ciclo de media década.

Lo vais a saber en seguida:

La semana última vino de los Estados Unidos, en viaje de regreso, el licenciado José Natividad Macías, señor respetabilísimo, y muy capaz, partidario consciente de don Venustiano

Carranza. Yo le conocía de Veracruz, donde me enaltecí con su trato. Apresuráme, pues, a saludarle en la permanencia de horas entre nosotros. Y platicando, platicando, de impresiones americanas, con visible júbilo, aventuróme: Allá nadie es antirevolucionario, descontándose, claro, a los capitalistas de conexión porfiriana, y algunos otros enemigos del régimen demócrata, por atacar la política de Wilson. Verá usted: Una noche, hallándome en Pensylvania, invitóseme a concurrir a templo protestante, donde un pastor, muy teatral, predicaría contra la guerra. Es divertidísimo, me dijeron. Y accedí a ir. Cientos y cientos de fieles llenaban la nave austera, en la cual repercutían sonoramente los gritos de aquella persona espigada, seca, con cara cenicienta, ansias espirituales de bienestar ultraterreno para el prójimo. Fulminaba tremendas acusaciones sobre alemanes, sobre franceses, sobre rusos, ofreciendo, en sábana cinematográfica, la proyección más verídica de los desastres ocasionados por los primeros en la católica Bélgica.

—¡Ah, repetía, y la culpa es de los impíos cuyas vergonzosas immoralidades despiertan la cólera divina, exigen un completo arrasamiento de justicia!

Y después: "Nosotros nos hemos de ver libres, por siempre, de la pavorosa plaga, pues practicamos los santos mandamientos, somos sumisos a la voluntad del Señor, cumplimos con los sublimes preceptos de la Biblia".

Y tornaba a maldecir a los incrédulos, tirándose en las baldosas de la Iglesia, impetrando misericordia para la laica Francia, para el Austria descarriada, para la Rusia cismática.

—Y México, gritó alguien, inopinadamente.

Prodújose un silencio profundísimo. El pastor se yergue; llévase una de las manos al corazón, y rápido, centelleante, responde:

—Allí se lucha por la libertad.

¡Se lucha por la libertad!... ¿lo habeis oído, señoras y señores?...

Con cortísimas intermitencias, el pueblo mexicano, desde la conquista, ha sido un pueblo esclavo. Al principio, de Hernando Cortés, y los suyos, movidos en su riesgosa aventura por la más alucinante codicia, aceptada en crónicas tan poco sospechosas de antiespañolismo como la de doña Emilia Pardo Bazán, quien, a lo largo de monografía, recientísima, confirma el hecho de haber rechazado el célebre extremeño las buenas dádivas de tierra que el Gobernador Ovando le ofreció en la Isla de Santo Domingo; "porque iba a otra cosa, y lo declaró: a buscar oro;" después virreyes y encomenderos encargáronse de la explotación del indio, de su sumisión absoluta, en forma asaz despiadada, cruelísima; llegando a ser más benignos que con ellos con los animales de tiro, por resultar menos abundantes.

Hay una palabra usada entre los criollos para distinguir al individuo llegado de la penín-

sula ibérica, que vale por "inri" de los originarios colonizadores: "gachupín", derivación fonética de otras voces aztecas: "chu-pinca", hombre a caballo que pincha; por el hecho brutal, inhumano, de sentirse picados los infelices nativos con la espuela hiriente del amo, cuando les trasladaban de paraje a paraje, en las inmensas extensiones poseídas.

Reyes magnánimos, impuestos de semejante monstruosidad, y otras especies de desafueros perpetrados en la "Nueva España", reprobáronlos con leyes y mandatos, dictando reales órdenes de protección y alivio para el aborigen; mas todo se desobedeció, ya que "de ese modo, sin las encomiendas, hácese difícil la llegada de catalanes, andaluces y mallorquines".

Un fraile hubo, fraile indulgente, seráfico, el "Padre las Casas", historiador de los horrores que "viera" en América ("La destrucción de las Indias") que, al fin, realizó algo en beneficio de las razas autóctonas: aztecas, mixtecas, zapotecas, mayas. Iba él y volvía a la metrópoli, denunciando abusos, y pidiendo clemencia, enfrentándose, en disputas tenaces, con soberanos y ministros, repitiéndole al avaro Fonseca cómo quiso calumniarle por haberle quitado el "pan de sangre" al "acusar su sabrosa encomienda", yéndose arriba del iracundo Sepúlveda para oponerle a mendaz alegato: "No es verdad que los indios de México mataran cincuenta mil en sacrificios al año, sino veinte apenas, que es menos de lo que mata

España en la horca. No es verdad que sean gente bárbara y de pecados horribles, porque no hay pecado suyo que no lo tengamos más los europeos, ni somos nosotros quien, con todos nuestros cañones, y nuestra avaricia, para compararnos con ellos en tiernos y amigables, ni es para tratado como a fiera a un pueblo que tiene virtudes, y poetas, y oficios, y gobierno, y artes. No es verdad sino iniquidad, que el modo mejor que tenga el Rey para hacerse de súbditos sea exterminarlos, ni el modo mejor de enseñar la religión a un indio sea echarlo en nombre de la religión a los trabajos de las bestias, y quitarle los hijos y lo que tiene de comer, y ponerlo a halar de la carga con la frente, como los bueyes. . . .”

De todos los ocupantes del virreinato, y alcanzaron a número de sesenta y cuatro, cítanse sólo en alabanza de justos, de bondadosos, a don Luis de Velazco, a don Antonio María Bucareli, y al segundo Conde de Revillagigedo. A Velasco, flor misericordiosa, bautizóronle así: el Padre de los indios; Bucareli fundó un hospicio, un Monte Pío, y la Casa Cuna; el segundo Conde de Revillagigedo proporcionóle a la ciudad, asiento de su mando, alumbrado público; siendo excelente administrador. Con todo, lo único verdaderamente notable, en el concepto de los sistemas de colonización, verificado por España en México, durante su etapa de dominio, fueron las instituciones de los “egidos y propios”, regalo de terrenos baldíos, para

su cultivo, al uso común de los originarios laboriosos, fórmula precursora sin duda de las actuales instituciones agrarias, tan pródicamente extendidas por la Nueva Zelandia.

Pero hé aquí que llegada la Independencia—hecha con los españoles, como la conquista se efectuó con los indios, asombrosa paradoja en el campo científico—los propios gobiernos nativos, mezcla de ambas castas mayormente, de tiranía en tiranía, con brotes esporádicos de impotente liberalismo hasta Juárez, lejos de implantar procedimientos justicieros, normalizadores, de honradez, patrióticos, dedicáronse al manejo despótico, a la inverecunda confiscación—despojo—a cuantas depredaciones lleva inherente cualquier dictadura, nunca ella bastante execrable.

Golpes de Estado; sediciones; traiciones, pronunciamientos; la intervención de los ejércitos europeos coaligados para imponer como Emperador al príncipe Maximiliano, que Napoleón III regalaba a los reaccionarios Almonte, hijo bastardo de Morelos, Gutiérrez Estrada, y el Arzobispo don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, sucediéronse en el tiempo habido entre Iturbide y don Benito Juárez, el derrocador del intruso austriaco, y promulgador de las magníficas leyes de Reforma; en las cuales quedaba instituída la separación de la Iglesia y el Estado—pues el clero alzábase poderosamente como elemento inquisitorial, motor de discordias, cohorte de pícaros, explota-